

Las lágrimas de San Pedro

(Auténtica leyenda renteriana)

Descubierta por Claude Bregheon,
e ilustrada por Angel del Castillo.

La primera vez que presencié las fiestas patronales de Rentería, fuera del asombro que me provocó el espectáculo de los festejos populares, una sospecha se apoderó de mi espíritu: Para nosotros, gente del Norte de Francia (gente escéptica si la hay), una alegría tan sana y una espiritualidad tan grande como las que se apoderan de vuestro pueblo durante «Las Magdalenas», son cosas para extrañarnos y no nos las podemos explicar más que por algún privilegio especial de la Providencia.

Por mi parte, me convencí de que alguna leyenda debía andar detrás de este misterio y decidí en el acto sacarla a la luz.

Sin embargo, las primeras pesquisas que hice en este sentido en las bibliotecas locales, se revelaron infructuosas

y me quitaron por un momento la esperanza de realizar algún día tan noble propósito. A pesar de este primer fracaso, me empeñé en compulsar a unas cuantas personas reputadas en el «txoko» por sus conocimientos del historial renteriano, pero no tuve más éxito por este lado. Por lo visto, no se había oído hablar nunca de semejante crónica y además, nadie se explicaba las razones de mi extrañeza. Para un buen renteriano, la alegría que reina en su pueblo durante las fiestas es cosa natural y no podría, en ningún caso, constituir un fenómeno inexplicable. Esto es lo que intentó hacerme entender un viejo txistulari a quien mis preguntas habían resultado un poco molestas y que, para más informes, me mando a «compulsar mi biblioteca del Jaizkibel». Este consejo me lo dió en tono burlón, pero

la idea me pareció sin embargo excelente y puesto que aquella biblioteca me suministró ya en otras ocasiones cantidad de revelaciones sobre los renterianos (1), me avergoncé de no haber pensado en dirigirme a ella antes... Mi júbilo se transformó entonces en un temor supersticioso: ¿Y si me fuera a tener rencor por mi incredulidad y me callara sus secretos?

Pero no tardé mucho en tranquilizarme, porque aquella biblioteca, aparte de ser maravillosa y muy bien montada, tiene también la particularidad —muy rara desde luego para una biblioteca— de ser indulgente y generosa.

Oíd, amigos lectores, la hermosa leyenda que descubrí en un viejo manuscrito, apergaminado como es debido, pero que en vez de llevar ese olor a polvo que suelen tener los escritos antiguos, no olía más que a un perfume robado a la vejez de las flores.

* * *

Eso ocurrió en un tiempo en que los hombres eran tan malvados que ya no había ni uno solo para presentarse a la puerta del Paraíso. Y era un espectáculo lastimoso ver al buen San Pedro dar vueltas y vueltas en la antesala de la Divina Mansión sin tener nunca la alegría de acoger en ella algún alma elegida.

No tenía más trabajo que quitar de vez en cuando las telas de araña que se formaban a través de su puerta y frotar con papel de lija sus llaves enroñecidas.

El último en pisar el umbral de la celestial entrada había sido, por supuesto, un renteriano. Pero no creáis que eran sus virtudes las que habían merecido este honor. Todo lo contrario, era un pillo de la peor especie. Su vida no



DEL CASTILLO

(1) Ver el artículo «Oh, la la, Rentería» de la Revista «Oarso» del año 1958.

había sido más que una acumulación concienzuda de los mayores pecados de este mundo por los cuales no sentía, sin embargo, la menor vergüenza. Acordándose entonces de sus talentos de contrabandista, consiguió introducirse en el Paraíso de la misma manera que se había valido tantas veces para cruzar la frontera; es decir, de sorpresa, mientras el Santo Portero estaba de espaldas. A pesar de las súplicas de éste, no es preciso decir que se negó luego a salir de allí.

Entonces, el gran San Pedro empleó un ardid digno de los mejores tácticos militares:

Mandó fuera a toda una banda de ángeles y con las trompetas que tienen reservadas para el día del Juicio Final les hizo tocar «El Centenario». Al oír esta marcha, el bandido cambió de color y preguntó:

—¿Hay fiestas por aquí gran San Pedro?

—¿Que sí hay fiestas? Ya lo creo, hijo mío... y magníficas además. Este año las celebramos delante del Paraíso... Hay mucho sitio, como te lo puedes suponer.

Sin esperar más explicaciones, nuestro renteriano se precipitó fuera y las puertas del Cielo se cerraron tras de él para siempre.

De vez en cuando, el buen San Pedro se divertía al recordar aquella tentativa pero, luego, volvía una mirada triste hacia la inmensidad en donde no se veía ni la sombra de un elegido.

Imaginaos la gran pena que debía tener este Santo que tanto nos quiere, al no poder compartir con ninguno de nosotros los supremos deleites que son los suyos desde hace tantos siglos. Su desconuelo era tan grande, que ya no podía gozar plenamente de las caricias musicales de los coros angélicos, ni de los olores tan suaves de los campos celestiales que suministran azucenas a los puros, palmas a los mártires y laureles a los elegidos. Y, sin embargo, mientras lloraba sobre nosotros desde el fondo de sus siete cielos, abiertos de par en par, se deslizaba una brisa tibia cargada de perfumes de los cuales nada nos puede dar una idea, ni siquiera este olor a brezo y a manzanilla que el aliento del mar nos sopla a veces desde la cumbre del Jaizkibel.

Lloró tanto durante esta época que las lágrimas acabaron por abrir a lo largo de sus mejillas dos surcos profundos, semejantes a los que se ven en los caminos que suben a las canteras de Txoritokieta.

Siendo su estado cada vez peor, los habitantes de la Divina Mansión empezaron a preocuparse de veras y el buen San José, que le solía hacer visitas, le preguntó un día para consolarle:

—Pero, en definitiva, ¿qué puede importarte que esas gentes de abajo no se presenten ya ante la ventanilla? ¿Quizá no te queda más tiempo así para cantar las alabanzas del Señor?

—Quisiera que fuéramos más numerosos para cantarlas. No puedo soportar la idea de que estos imbéciles hayan preferido los placeres infames de la tierra a las felicidades del cielo. Más les valdría no haber nacido nunca o que se muriesen todos de una vez antes de seguir viviendo unas existencias tan absurdas.

El buen San Pedro hablaba colérico, sin pensar bien en lo que decía y sin sospechar, sobre todo, que sus palabras serían repetidas al Divino Maestro, así que su sorpresa fué grande cuando el Hijo del Hombre se alzó delante de él con un pequeño paquete colgado de un cayado que llevaba al hombro, ordenando con su voz firme y dulce:

—Ven, Pedro... te llevo conmigo.

—¿Y adónde vamos?— preguntó el desgraciado portero.

—Allá abajo— se oyó contestar. —A exterminar la raza humana.

De golpe se le escapó su pesado manojito de llaves. No había estado nunca en su intención poner en práctica su maldición anterior y ahora se asustaba ante sus propias palabras. Pero la verdad es que el Señor no estaba deseando tampoco llevar a cabo aquella obra de exterminación. Sus intenciones se limitaban, primeramente, a dar una lección a los hombres —que bien se la merecían— y, al mismo tiempo, quitar a su Portero la manía de hablar a diestro y siniestro.

Como está dicho en las Sagradas Escrituras, hubo signos que anunciaron en el Cielo la ida a la Tierra del Hijo del Hombre; pero, puesto que hacía mucho tiempo que los hombres habían perdido la costumbre de mirar hacia el Cielo, nada les indicó la presencia entre ellos del Divino Maestro y del viejo servidor que le acompañaba, ya que, además, los dos viajeros habían llevado repuesto de apariencias y adoptaban las personalidades que querían.

No se sabe entonces con exactitud qué medios empleó Nuestro Señor para manifestar su descontento hacia los hombres. Se supone que no hizo más que desencadenar las malas pasiones de este mundo, que fué así eliminándose poco a poco a sí mismo.

El tipismo y el folklore de cada país desaparecieron y habiendo dejado de existir las razones de querer a sus tierras, los hombres perdieron también hasta el deseo de protegerlas.

Por otra parte, los sabios no emplearon su ciencia más que para los inventos diabólicos de la guerra y pronto, ya no hubo ni uno para dedicarse al bien de la humanidad.

Pero todas estas calamidades no fueron nada comparadas con una verdadera enfermedad moral que se apoderó de la juventud y la diezmó por completo en muy poco tiempo. Era como un inmenso aburrimiento que adormecía el espíritu de los jóvenes y les hacía descubrir el fin de todo apenas abrían los ojos a la vida.

Una lógica implacable les demostró que los padres eran a veces los primeros en burlarse de estos principios de honradez, a los cuales la sociedad pretendía convertirlos y, desde entonces, se entregaron por completo a sus instintos animales con este cinismo y esta exuberancia que son la dote de esa edad. Habiendo desaparecido con la juventud el mayor adorno de este mundo, desaparecieron también el sentimiento de la belleza y el deseo del amor. No hubo ya alegría de ninguna clase sobre la Tierra, ninguna efusión en el rezo ni en la voluptuosidad. Tan sólo se buscaba el olvido de todo; sólo se deseaba el sueño.

¡Oh, dormir! No pensar más, no vivir más...

Estaba como veis, en muy mal estado la pobre Humanidad y no se podía dar mucho por ella, pues el divino Exterminador aceleraba cada vez más su trabajo.

Recorrió así el mundo durante años y años, con su paquete colgado del cayado que llevaba al hombro, seguido por su desgraciado servidor que cada vez se lamentaba más. Iba muy cansado tras su incansable Maestro y, a medida que se desencadenaban las calamidades, los dos surcos de lágrimas se ahondaban más a lo largo de sus mejillas.

Pero una bella mañana de Julio, cuando andaban sobre las cimas de los montes, como nos lo muestran las Escrituras, se encontraron a la vista de un pueblo del cual llegaban hasta ellos, en la brisa del amanecer, voces de niños y de mujeres que entonaban cánticos.

—¡Ah! —exclamó San Pedro—. Parecen cantos vascos. Jesús se volvió a medias.

—Creo que aquel bandido a quien tuviste que despachar del Paraíso era uno de ellos.

—¡Oh, Maestro! Todos no son así. —Se apresuró a responder el buen Santo, temiendo que al obedecer a un signo de la mano divina, el pueblo al que se acercaban se hundiera bajo una lluvia de cenizas ardientes.

Ese pueblo, lo habéis adivinado, era Rentería, donde los habitantes, en honor de su Santa Patrona, se preparaban a celebrar las fiestas.

¡Y qué fiestas se hacían entonces para «Las Magdalenas», amigos míos!

Eran, desde la mañana, una sucesión de procesiones por las calles de la Villa, sembradas con flores y adornadas con estandartes tan altos que las figuras de los santos parecían descender del cielo sobre la multitud.

En todos los hogares se preparaban vestidos lucidos y los jóvenes acudían bailando a la llamada de los txistus que tocaban sin cesar del lado de la plaza. Todo parecía iluminado por una espiritualidad extraordinaria y hasta las chimeneas, que echaban hacia el cielo el humo azulado de las buenas comidas, parecían hacerlo con alegría.

San Pedro, deslumbrado ante este espectáculo, murmuró:

—¡Qué bello es!

Pero, como después de tantas tentativas infructuosas había perdido la esperanza de enternecer a su Divino Maestro, no se atrevió a añadir ningún comentario... y, sin embargo, esta vez se equivocó.

Jesús se quedó un momento mirando ondear las banderas de la villa y conmovido por tanta fe ingenua, alzó majestuosamente la mano.

Su rostro reflejaba entonces todo el amor y toda la indulgencia que Él solo puede tener para nosotros, pero San Pedro, que no lo veía más que de espaldas, se imaginó que iba a fulminar la Villa. Se postró entonces de rodillas y, por primera vez desde muchos años, fueron lágrimas de alegría las que llenaron sus ojos al darse cuenta de que aquella mano divina no se había levantado más que para bendecir y absolver.

Al mismo tiempo, una voz que llenó el universo lo hizo estremecerse:

—¡Padre! ¡Padre! —decía Jesús—, ¡ten piedad de tus hijos renterianos!

—Haz que este pueblo conserve siempre la recia espiritualidad que Tú le infundiste, y que las fiestas en honor de su Santa Patrona no pierdan nunca nada de su santa alegría.

Y así se entendieron sin hablar más, el Padre y el Hijo, a través del claro espacio.

DISCURSO BREVE



Estaba reunida la corporación municipal presidida por el, a la sazón, alcalde de Rentería, don Gregorio Goicoechea, debatiendo un proyecto de mejora de las Escuelas de Viteri.

Tras la intervención de varios ediles que se mostraron partidarios de las reformas, pidió la palabra el presidente de la Comisión de Hacienda, de quien se sabía era contrario a la propuesta, y según malas lenguas asesorado por un funcionario municipal de mano muy prieta en cuestión de finanzas.

El alcalde dió su venia y el flamante concejal pronunció este inspirado discurso:

—Yo yo creo que no hace falta gastar dinero en las escuelas, porque... porque...

Aquí se atascó nuestro Demóstenes. Un silencio sepulcral envolvió el salón de sesiones, no se oía el vuelo de una mosca y el nerviosismo se apoderó de todos los presentes. Los segundos, que llegaron a minutos, se hacían eternos. El orador, totalmente azorado no lograba dar con la palabra siguiente y, al fin, se dejó caer pesadamente en su escaño. La discusión había terminado.

ALAMEDA

*Alameda
llena de acordes, de ritmos, de cadencias musicales.
De las hojas de tus árboles
pende el eco vibrante del último concierto.
Los viejos pasean tus aceras
con paso lento, cansino, reposado.
Los jóvenes bailan en la pista,
frenéticos,
locuras de exóticos bailes.
Las madres pasean a sus niños
(cochecitos con encajes de ilusión)
a empujones entre el gentío,
por la concurrida acera.
Los autos por la carretera
ponen el contrapunto de sus bocinas sonoras
a los acordes de la banda de música.
Todo es luz, alegría, ilusión,
música vibrante;
vida y gracia a la vez.
Una sonrisa:
¿Bailamos, por favor?
Vueltas y vueltas
bajo el ritmo loco de la danza.
Día de lleno en la Alameda.
Todos rien, todos bailan alegres
sin saber para qué, por qué, ni cómo.
Sólo hay uno (¿o dos?, ¿tres?, ¿o cuatro?)
que pasa serio y grave por la acera.
¿Soy yo? ¿Eres tú? ¿Será él?
No sé.
Será quien sea.
Pero si va arrastrando a solas su alma a cuestras
(solitario entre el barullo del gentío)
o es un enamorado
o es poeta.*

TXUSTARRA